

EL VERDADERO ROSTRO DE LA TÍA JULIA

La primera vez que oí hablar de la tía Julia fue en un refugio, en el invierno del 39. Mi madre, con la cara tiznada de humo y los labios cuarteados por el frío, me dijo al oído que su hermana se había quedado en Madrid. “No quiso marcharse —explicó—. Dijo que prefería morir en su casa antes que vivir con miedo en tierra ajena”. Yo era un niño, y no entendí si aquello era valentía o simple terquedad.

Cuando regresé a España en 1952, quise encontrarla. La dictadura se notaba en cada rincón: carteles con consignas en las paredes, el aire seco de la miseria, las colas interminables para conseguir pan. Pregunté en el barrio de Lavapiés y al principio nadie contestaba. Hasta que un vecino, encendiendo un cigarro con las manos temblorosas, murmuró: “Julia daba clases a escondidas. Les enseñaba a leer a los hijos de los presos. La denunciaron por eso. No todos la recuerdan con cariño: algunos dicen que ponía a los niños en peligro, que fue imprudente”.

Nunca asimilé del todo esas palabras. Yo había crecido con la idea de una heroína incorruptible, pero allí, en boca de un vecino cansado, aparecía una mujer con fallos, capaz de arrastrar a otros a un riesgo que no habían elegido.

Seguí preguntando y otra mujer, la portera de la finca, me contó que la policía la había sacado de su casa de madrugada. Julia no lloraba ni gritaba, solo apretaba un cuaderno contra el pecho. “Era testaruda como una mula”, dijo la portera, y lo dijo con una mezcla de respeto y fastidio.

Los archivos oficiales solo repetían lo de siempre: “actividades subversivas”. Pero en la memoria de los vecinos surgían detalles que daban cuerpo a esa sombra. Alguien recordó que guardaba una radio escondida en una lata de galletas. Otro dijo que copiaba poemas de Miguel Hernández en papeles diminutos. Un tercero, en voz aún más baja, aseguró que delató a un vecino para salvar a un grupo de niños.

Me costaba creerlo. Quise defenderla, pero entonces comprendí que esa duda también era parte de su historia. Nadie sobrevive limpio en medio del miedo.

Una tarde, en el archivo parroquial, encontré su nombre en una lista de entierros del 42. “Mujer no identificada, fusilada en las tapias del cementerio del Este”. No había flores, ni lápida, ni fecha precisa. Solo un renglón escrito con prisa. Salí del archivo con un nudo en la garganta. Por primera vez no vi a la tía Julia como mito, sino como alguien que respiró polvo, que tuvo hambre, que seguramente también dudó y se equivocó.

Años después, en 1977, cuando ya era posible hablar un poco más alto, un hombre se me acercó en una reunión vecinal. Se presentó como antiguo alumno suyo. Dijo que gracias a la tía Julia aprendió a leer en una buhardilla, con una vela y un abecedario escrito a mano. También me confesó que muchas noches ella lloraba antes de empezar la clase. “Decía que tenía miedo, que quizás nos estaba condenando a todos por no saber callarse”. Ese testimonio me reconcilió con ella. La tía Julia no había sido una heroína perfecta, sino una mujer vulnerable que, a pesar del terror, eligió enseñar a leer. No estaba por encima del miedo: convivía con él. Y quizás por eso su recuerdo es más verdadero que cualquier estatua o consigna.

Hoy guardo una fotografía suya en mi escritorio. No sonrío: mira seria, con el ceño fruncido, como si el fotógrafo la hubiera interrumpido en mitad de una discusión. Cuando la contemplo, no pienso en la heroína que me contaba mi madre, ni en la mártir que inventaron los rumores del barrio. Pienso en una mujer obstinada, con aciertos y errores, que se negó a vivir de rodillas.

Y en esa mezcla de terquedad, fragilidad y coraje es donde ahora encuentro a la verdadera tía Julia.

A veces me descubro hablándole en voz baja, como si pudiera escucharme desde ese lugar sin nombre donde yacen los que no tuvieron sepultura. Le cuento lo que ocurre en el país, cómo ha cambiado el barrio, cómo los hijos de aquellos niños a los que enseñó ya son padres y algunos incluso abuelos. Y me sorprende pensar que, si ella hubiera sobrevivido, quizá estaría sentada en un banco de la plaza, criticando a los políticos, o discutiendo con la portera sobre el precio de la fruta. Pero en vez de esa vejez común, le tocó el destino abrupto de los que incomodan.

Con los años entendí que lo insoportable de su ausencia no era el silencio oficial ni la injusticia, sino la imposibilidad de fijar un relato único sobre ella. Cada testimonio parecía una pieza de un rompecabezas que nunca encajaba del todo. ¿Fue una maestra clandestina, una mártir involuntaria, una mujer testaruda que arrastró a otros en su fe ciega en la palabra? No hay respuesta definitiva. Y quizá esa imposibilidad es lo que la mantiene viva: una figura incompleta que obliga a quien la recuerda a sostener también la incertidumbre.

Una vez, revisando viejos cajones en casa de mi madre, encontré un sobre con su letra. Dentro había una hoja doblada con frases sueltas, a medio camino entre confesión y ejercicio escolar. “No quiero ser ejemplo de nada —había escrito—. Solo me rebelo contra el vacío.” Esa frase me atravesó como un cuchillo. No hablaba de patria ni de

ideales, sino de algo más íntimo: la resistencia contra el desmoronamiento interior, contra el quedarse muda.

Desde entonces guardo ese papel junto a la fotografía. Y cuando lo leo, entiendo que la tía Julia no murió por un ideal abstracto, sino por una obstinación mínima y feroz: no dejar que el miedo devorara las palabras.